

Exposición del pintor señor Nemesio Antúnez.

ORDINARIO N° 451/185

Guatemala, 29 de noviembre de 1967.

SEÑOR MINISTRO:

Me es especialmente grato dar cuenta a US. que la exposición enviada por ese Ministerio de 24 óleos del pintor señor Nemesio Antúnez ha constituido un éxito, no sólo por el valor artístico de las telas, sino por haber sido una demostración del interés puesto por nuestro Gobierno en un mayor acercamiento cultural con Guatemala, subrayado con la presencia del artista y del Director de Difusión Cultural de la Cancillería, señor Armande Uribe Arce.

La exposición se inauguró el 20 del actual y estará abierta al público hasta el día 2 de diciembre próximo. Previa acuerdo del infrascripto con el Canciller, al acto inaugural invitaron los Ministros de Relaciones Exteriores y de Educación, el Director General de Cultura y Bellas Artes y la Embajada de Chile. En esa ceremonia -efectuada en las galerías del propio Palacio Nacional- a la cual concurrió numeroso público, pronunciaron breves discursos el Canciller Arenales y el infrascripto. Acompañe a US. varios recortes de prensa con las correspondientes crónicas y fotografías sobre el acto, en los cuales se transcriben esos discursos.

Incluye, también, recortes de prensa con elogiosas críticas sobre el valor pictórico de las telas exhibidas, que fueron consideradas una demostración del desarrollo y plena madurez alcanzados por la pintura chilena contemporánea.

Para el caso de que fuesen de utilidad para la publicidad que el Ministerio estimase del caso dar en Chile a su preocupación en materia de difusión cultural en el extranjero, remito, además, fotografías y un ejemplar de los catálogos y afiches, preparados previamente por esta Embajada.

El Director señor Uribe Arce y el infrascripto, a nombre de US. y del artista, obsequiamos al Gobierno de Guatemala una de las valiosas pinturas exhibidas.

Dios guarde a US.

Heracio Suárez
Embajador



AL SEÑOR
MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES
SANTIAGO, CHILE.-

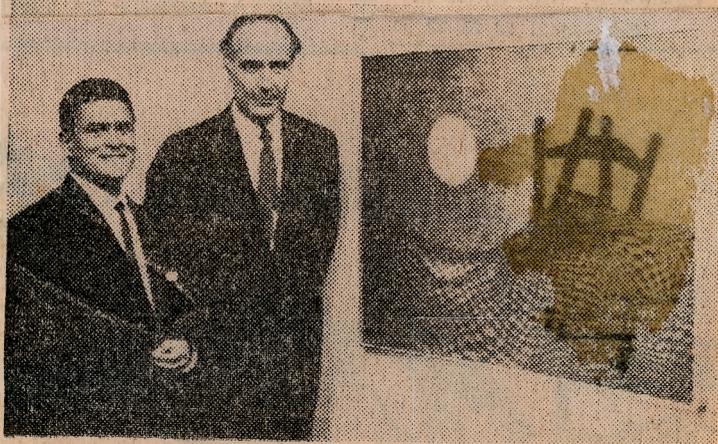
Del arte y su cruz PINTURA CHILENA EN GUATEMALA

Por ENRIQUE JUAREZ TOLEDO

Con la presencia de Nemesio Antúnez en el Palacio de Gobierno, por estos días, estamos ante una pintura seria y sobria en su mayor parte. Sisifo de los colores, con sus actuales cuarenta y nueve años de existencia, este artista va llegando a la cima de su pujanza poético-pictórica. Por eso es de esperar que muy pronto, venciendo el muro de los intereses creados, se vea en Nueva York, donde ahora vive, consagrado por firmas de la verdadera crítica mundial. Entonces quizá se le

de frente al sol. Bicicleta de invierno, Descanso de bicicleta, Paisaje en interior, Manta roja, Sol andino. Títulos que anuncian la catarata de lirismo plástico que se nos viene encima.

Se trata de obras al parecer concebidas con detenimiento, donde la razón mantiene los estribos y es la que manda con su primordial medida, en cuanto a forma, en cuanto a contenido, excepción hecha del óleo Mirar de frente al sol, donde se orilla la demagogia, recordándonos las corrientes del Fauvismo, las fogatas perece-



Nemesio Antúnez (centro), el pintor chileno que exhibe sus cuadros en el pasaje del palacio, con nuestro distinguido colaborador Enrique Juárez Toledo (izquierda). Al lado se aprecia una de las obras del expositor.

compare con un Tamayo, para comenzar, sin dejar de hacer hincapié en el cariz oriental que por cierto, serenidad ultrasensible, muestran algunas de sus telas.

Baltasar Paruda sabe mucho de cosas pero en esa misma medida no sabe nada de pintura. Sólo en eso nos parecemos con este otro señor chileno. Por eso es disculpable que al hablar de Antúnez, según programa de presentación en nuestro país, lo haya hecho con palabras como «... lo conocí verde, lo conocí cuadrulado, fuimos grandes amigos cuando era azul. Cuando era amarillo, partí de viaje, lo encontré violeta y nos abrazamos en la estación Mapocho...» Etcétera.

La exposición de este buen pintor sudamericano consta de veinticuatro óleos sobre tela, denominados así: Homenaje al vino, Noche abrupta, Amantes rojos, Barrio alto, Cultivos del viento, Cordillera adentro, Claridad nocturna, La dormida, Dormida al sol, Durmientes andinos, Viento y ventisqueros, Los números de la noche, Dunas y nieblas, Tela enmarañada, Primavera andina, La casa del frente, Vendaval de dunas, Bicicleta sumergida, Mirar

deras de ese abuelo olvidado del actual Op Art.

Kokoschka, Van Gogh, por el retorcimiento brutal de ciertas pinceladas y el magma que sostiene a la expresión, como en el cuadro Amantes rojos, son paradigmas que sin duda han impresionado al maestro Antúnez. Picasso, con las camisas a cuadros de sus arlequines, camisas convertidas aquí en puros manteles geológicos, creados por la reminiscencia de la cordillera de los Andes. Y algo igual podría decirse del influyente Braque, si se recuerdan sus ocre, sus verdes oscuros, sus tonos apagados, su composición impecable. O de Miró, si no del Greco, viendo esa

cavidad que perfora más de una tela del artista visitante, para comunicarnos con algún sueño de trasmundo, con una nueva sorpresa del superrealismo.

Las anteriores no pasan de ser suposiciones fuera de lugar, si hemos de considerar que este pintor chileno es dueño ya de un estilo propio, hijo de influencias bien cribadas, dueño de una sinceridad plástica desusada en estos tiempos, porque donde dice óleo pone óleo, desdeñando rellenos heteróclitos, añadidos con los cuales otros pintores sólo alcanzan un collage desenterrado en forma subrepticia. (La pintura no es mujer que necesite de postizos, de sostenes rellenos con espuma de hule).

Nemesio Antúnez conoce, indudablemente, los caminos abiertos por artifices de la pintura clásica, por innovadores de todas las épocas, pero lejos de volverse un entreguista, afinó pasión, vocación, emoción, sus sentidos todos, en la vitalidad de su tierra natal, como siempre lo han hecho los mejores artistas, para luego hallar ese punto de partida que les dispara hacia un arte sin fronteras, ese con el cual el hombre habla a todos los hombres. Y tal vez a este sentimiento se deba el que no se extralimite en lo abstracto (en lo que vulgarmente es llamado abstracto) y mantenga el eterno hilo conductor del dibujo, no para delimitar zonas de color, sí para que no se desborde y pierda sustancia su palabra plástica, porque si bien necesitamos de lo etéreo, del cielo y el sueño, un segundo antes, como en el «conteo» para los cohetes supersónicos, la misma vida nos impone tener los pies sobre la Tierra.

Solamente así ha podido lograr a embriagante sugerencia báquica, de un cuadro como Homenaje al vino, donde el violeta desvaído (nos referimos al color de las violetas japonesas) da fe de que siempre serán fraternales las provechosas fiestas del vino, del vino chileno, para el caso.

A partir de este sano rubor de alegría, todo, en su pintura es tranquilidad, silencio, soledad, pero soledad segura, del paisaje y de la inteligencia, bajo los soles que pinta como toronjas o rubies, entre la penumbra de la antediluviana noche que otra vez ha vuelto. Y semejante vitalidad es parte también del mensaje sin falsa retórica que nos trae Antúnez,

alto de frente y estatura para ver lejos, alto para inclinarse cada vez que regrese a su cueva de Altamira rodeada de rociolos.

Satisface, por eso, escuchar cuando por medio de su arte nos dice, que los poetas de la plástica, del verbo, de la música, sobreponiéndose a cualesquiera penosas circunstancias políticas, son los obligados a transmitir optimismo, esperanza y no fatalismo y menos tristeza. Se trata de contradecir al vate y decir que ni es corto el amor ni es corta la vida.

Goya, Picasso, Manet, entre otros, tuvieron temporadas en que atraídos por un tema lo convirtieron en serie bajo sus pinceles, no cambiando de empasté pero sí de perspectiva. Siendo la suya en general más que todo pintura plana, Antúnez —personaje del Renacimiento— también se ha sentido imantado por las series. Así tiene la de sus bicicletas, las de sus montañas. Y creemos que ni el Aduanero Rousseau ni Uccello, resucitados a través de tan largo y tenaz oscurantismo, no se negarían a reconocer a un lúcido discípulo en el autor de Bicicleta de invierno, firmando la tela como suya, después de ver ese sol rojo sólo asomado para hermanarse al panorama umbrío.

(Si Gutusso pinta bicicletas para ir a la fábrica, Antúnez no más las insinúa y les esconde las alas, dotándolas de más valor que un automóvil último modelo).

En fin que esta muestra magnífica, inaugurada el lunes 20, es digna de verse como lo fue la colectiva que semanas atrás nos vino de Italia. Asistir a contemplarla es un goce, un incentivo para mejorar inquietudes, un aprendizaje y un pretexto para hacer conjeturas como las presentes.

Allí hay calidad, hay poesía. Ya sabemos que la poesía es enemiga de las improvisaciones. Allí no se impone el bulto, el grumo, sino la bien concebida densidad del tono, el idóneo enlace de matices o acordes en busca de darle también a los ojos su melodía anhelada.

Se comprueba una vez más que a la par de la ciencia, la actividad artística es de los mejores lenguajes para entendernos, gracias a un claro espíritu, con hombres de otros países, de otros climas, de otros continentes.

ENRIQUE JUAREZ TOLEDO